

Todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política. Pero pasó, y la nueva florecencia de la literatura debía ser más fecunda en el presente siglo. Hé ahí que hemos llegado al tiempo en que la novela, dejando sus antiguos límites, ha invadido todos los terrenos y ha dado su forma á todas las ideas y á todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda.

No hay que decir ahora que la novela es una composición inútil y frívola, de mero pasatiempo, y de cuya lectura no se saca provecho alguno, sino por el contrario, corrupción y extravíos. Verdad es que de muchas no sólo puede decirse esto, sino que son dignas de condena, debiendo atacarse con tanta más energía sus efectos y evitarse su influencia, cuanto mayor es el atractivo que tienen; pero por fortuna la reprobación pública las hiere apenas han nacido, y no faltan ingenios que se apresuran á dar el contraveneno necesario para impedir los estragos de la idea inmoral.

Pero generalmente hablando, la novela ocupa ya un lugar respetable en la literatura, y se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos. Es que ella abre hoy campos inmensos á las indagaciones históricas, y es la liza en que combaten todos

los días las escuelas filosóficas, los partidos políticos, las sectas religiosas; es el apóstol que difunde el amor á lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente á la tribuna para predicar el amor á la patria, á la poesía épica, para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y á la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral.

Todo lo útil que nuestros antepasados no podían hacer comprender ó estudiar al pueblo bajo formas establecidas desde la antigüedad, lo pueden hoy los modernos bajo la forma agradable y atractiva de la novela, y con este respecto no pueden disputarse á este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas. Bajo este punto de vista, la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril é industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor. Ella contribuye con todos estos inventos del genio á la mejora de la humanidad y á la nivelación de las clases por la educación y las costumbres.

La historia de ese gran libro de la experiencia del mundo está de hoy en más, abierto ante todos los ojos, y su conocimiento no será el privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte, pues engalanada con los atavíos de la



leyenda, se la hace aprender al pueblo, que saca de ella provechosas lecciones. Algunos opinan que esta manera de escribir la historia la desnaturaliza, y corrompe las fuentes de la verdad. Nosotros respondemos que no hay forma histórica que no ofrezca ese peligro cuando el escritor carece de criterio, ó cuando el interés de un partido se apodera de tal recurso para hacer triunfar sus ideas. Dad el buril histórico á un adulator de los Césares, y tendréis un pánegírico vergonzoso; dadlo á Tácito y tendréis á la verdad majestuosa denunciando las infamias de la tiranía. Leed las páginas de Solís sobre la conquista de Méjico, y veréis fábulas ridículas como las que puso Herodoto en su libro, desnaturalizando hechos verdaderos; pero estudiad á Prescott, que ha sabido con sana crítica descartar lo verdadero de lo falso, y tendréis la buena historia.

Así pues, la novela no es la que trae en sí este inconveniente, sino la intención ó la capacidad del escritor; y aquella novela histórica será más estimable, que presente los hechos con mayor imparcialidad: además de que para combatir los errores se ofrece el mismo medio á los autores que deseen defender la verdad contra la impostura.

Sin duda alguna la novela histórica ha hecho

un gran servicio, y por eso se cultiva hoy en casi todos los países civilizados. Su desarrollo en la bellísima forma moderna se debe á Walter Scott, que ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país, antes muy ignorada. El novelista escocés no sólo ha descrito con su mágica pluma los cuadros históricos de su patria, sino también algunos de la historia de Francia, como en *Quentin Durward*, y otros de la poética guerra de las Cruzadas, como en el *Talismán*, y al mismo tiempo ha pintado las costumbres de diversas épocas con una fidelidad sorprendente. Sus obras, que obtuvieron desde luego una boga inmensa y la siguen teniendo, no sólo produjeron el resultado de difundir el conocimiento de los hechos pasados y la afición á la historia filosófica, sino también el de fundar una escuela que se apresuraron á seguir numerosos escritores de diversos pueblos.

Después de él, una falange de jóvenes se ha precipitado en el mismo camino, y puede decirse muy bien que hoy apenas hay suceso notable, apenas hay secreto, apenas hay rey de Francia ó noble barón antiguo, que no haya tenido su novelista, porque después de agotadas las crónicas generales de Francia, los autores han acudido á los manantiales que les ofrecían las



crónicas particulares de las provincias, de las casas feudales y hasta de los castillos más pequeños. Todo se ha explotado ó se sigue explotando, de modo que la vida de un hombre no sería bastante larga para leer ese cúmulo inmenso de novelas históricas.

También se ha distinguido notablemente y debe ser mencionado al par que Dumas, un eminente escritor americano, Fenimore Cooper, que más semejante á Walter Scott que el escritor francés, escribió una serie de lindísimas novelas, describiendo con pincel maestro la fundación de las colonias europeas en los Estados Unidos, sus guerras con las valientes tribus aborígenes, y aun algunas de las proezas de sus héroes de la independencia. Tales cuadros de Cooper sorprenden por su originalidad; han tenido extraordinario éxito en el mundo, y con razón han sido colocados al lado de los del novelista escocés.

En la actualidad florece en España un ingenio tan fecundo como Dumas, y que añade á su fecundidad la circunstancia de tener un carácter literario propio y eminentemente nacional. Queremos hablar de D. Manuel Fernández y González, que ha escrito ya tantas novelas cuantas son suficientes para formar una biblioteca. Este escritor ha sabido aprovecharse de los ricos te-

soros que encierra para el novelista la historia de esa poética y grandiosa España, que por sus glorias, sus monumentos y su importancia en el mundo, tiene pocas rivales. Estos tesoros aun no están agotados y tardarán mucho en agotarse todavía. Las novelas españolas están obteniendo una boga inmensa, no sólo en la Península, sino en todos los países en que se habla la hermosa lengua castellana, y se traducen diariamente á las otras lenguas, llegando hoy su turno á la historia español'a de llamar la atención, como la llamó ayer la francesa por medio de la novela. Fernández y González es tan popular como Walter Scott y Dumas, en las naciones hispano-americanas particularmente, y tanto, que se da la circunstancia notable de estarse reproduciendo sus obras en los folletines de casi todos los periódicos mejicanos, y se agotan las ediciones que vienen de España. Por lo demás, justo es decir que Fernández y González ha tenido como predecesores en la novela histórica española, á Larra, á Aiguals de Izco, á Ariza, á Navarro Villoslada y á otros que produjeron pocas, pero notables obras de este género. Así pues, España que ya ocupa el primer lugar por su obra inmortal *El Quijote*, ocupará uno muy distinguido también por sus novelas modernas.

En cuanto á la América española, nosotros no



sabemos de otra producción más feliz que la *Ama'ia* de Mármol, cuadro palpitante y bellísimo, como todo lo que crea ese eminente poeta, de una época dolorosa para Buenos Aires, aquella de la dominación de Rosas. Esta novela rivaliza con ventaja con las mejores europeas. Ultimamente se han publicado también en la América del Sur otras muchas desconocidas en Méjico y que sería largo enumerar.

Las doctrinas sociales, todos los principios de regeneración moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan también de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propagación. Para no mencionar otras, ahí están algunas novelas hermosísimas de Clemencia Robert, esa tierna poetisa del pueblo, ahí está la *Cabaña del tío Tom* que interesó al mundo de los desgraciados esclavos y que dió impulso á la revolución abolicionista de los Estados-Unidos; ahí están las obras de Balzac, de las que cada una es un estudio de la sociedad moderna con sus dolores y sus esperanzas, con sus vicios y sus virtudes.

Verdad es que en este punto hay infinidad de producciones estúpidas que desconceptúan tanto al que las escribe como al que las lee, sucediendo lo mismo en la novela moral; pero

entiéndase que nosotros queremos hablar de aquellas obras en las que resplandese el talento y que encierran una intención filosófica, noble y útil, no de aquellas que pervierten el buen sentido, y unen á la frivolidad más grande, la maldad más profunda. Descartaremos, pues, de nuestra lista las historietas de Paul de Kock, de una moral equívoca, por más que sean estudios acabados de las costumbres francesas, y los infames cuentos milesios del tiempo del Directorio, del Consulado y del Imperio en Francia, producto de la disolución de costumbres que siguió á los grandes trastornos de aquella época, y uno de los cuales valió á cierto marqués de Sardes un encierro en la torre de Vincennes. Así hemos descartado también de la novela histórica las desgraciadas y soporíficas leyendas del vizconde d' Arlincourt, que hicieron las delicias de los ignorantes hace treinta años, y así descartemos de la novela de costumbres toda esa cáfila de cuadros disparatados de la sociedad americana, pintados por charlatanes extranjeros, y que no merecen mención, si no es para condenarlos al desprecio.

En las novelas de costumbres se necesita tan grande dosis de fina observacion y de exactitud, como para las novelas históricas se necesitan instrucción y criterio. De otro modo sólo se pro-



ducirán monstruosidades ridículas, que no merecerán más elogio que el *risum teneatis* de Horacio. Así pues, descartaremos también de las novelas de costumbres algunas del americano *Maine Reid*, que tiene pretensiones de imitar á Cooper, y que ha pintado á los mejicanos de un modo que ni ellos mismos se conocen.

Por igual razón condenaremos algunos cuentos estúpidos de Octavio Feré y de otros muchos que han pretendido dibujarnos, y sobre todo, esa *Esposa mártir*, que Pérez Escrich no ha tenido empacho en publicar y aun enviar á Méjico hace poco, tan desdichada como todas las suyas, pero en que tiene el raro acierto de ensartar tantas necedades con respecto á nosotros, que indignarían si no hiciesen reír de buena gana.

Pero no hay duda en que los cuadros de costumbres de ese mismo Walter Scott, padre de la novela histórica, los de Carlos Dickens, los de Fernán Caballero y los de Elías Berthet, son de una verdad sorprendente y reúnen á una moralidad intachable, una gracia y una sencillez que hechizan.

El simple cuento de amores ocupa el último lugar por su importancia, y en él no deben buscarse más que elevación, verdad, sentimiento delicado y elegancia de estilo. La novela pura-

mente amorosa debe ser un ramillete de flores que recree la vista y halague los sentidos, y que si no muestre alguna cuyo perfume sea saludable, al menos no oculte otra venenosa; debe ser una copa de sabroso licor, que si no contenga alguna medicina desleída, al menos no produzca torpe y peligrosa embriaguez que haga daño, ó tósigo que cause la muerte.

En la leyenda de amores, lo confesamos, puede haber gran peligro. La juventud gusta de ella, la busca con afán y la devora sin precaución. Justamente es el tiempo en que el corazón, semejante á una flor de la mañana, se abre inocente y puro á las primeras impresiones, y las acoge y las guarda con ternura. ¡Ay de él si en vez de una brisa pura y saludable, vienen á corroer su seno las exhalaciones infectas y desecantes del pantano del mundo! El corazón se marchitará pronto, en vez de permanecer lozano y fresco por toda la vida.

Tanto mayor es el peligro cuanto que los directores de la juventud, parientes ó maestros que defienden el alma joven del contacto del mundo y del vicio, no siempre son bastantes á impedir la entrada de esos pequeños libros dorados, en que se aprende demasiado pronto lo malo, y en que con el dulce néctar del sentimiento se bebe el corrosivo veneno de la duda,



del desprecio al honor, juntamente con el amor al deleite sensual. Los cuadros seducen, las reticencias malignas despiertan la curiosidad, el lenguaje de la lectura embriaga, y si no se encuentra en la pasión una fuerte dosis de moralidad, el alma se extravía.

Pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil, nada vemos que conduzca á la dicha, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer; y como los sentimientos del corazón tan fácilmente pueden ser conducidos al bien individual y á la felicidad pública cuando se forman desde la adolescencia, deseamos que en todo lo que se lea en esta edad haya siempre un fondo de virtud. Lo contrario hace mal, corrompe á una generación y la hace desgraciada, ó por lo menos la impulsa á cometer desaciertos que son de difícil enmienda.

El *Werther* de Goëthe extravió muchas almas; más de un corazón puro ha debido sus desdichas á una novela de Jorge Sand; muchos de esos libertinillos de pacota, de esos *calaveras silvestres y lampiños*, como los llama Figaro, toman sus modelos en las novelas coloradas de Pablo de Kock y van á un presidio por ello de cuando en cuando; algunas damas encopetadas han querido reproducir á *Adriana de Cardoville* y á la *Dama de las perlas*, y cuando estuvo en

boga *La Dama de las Camelias*, se vieron pasiones singulares, no por heroínas cuyo apoteosis justifica Dumas [hijo] con el sentimiento, sino por criaturas perdidas que no valían la pena.

En el cuento de amores el ingenio puede hacer lo que quiera; y ya que lo puede todo, ¿por qué no reunir el encanto á la moral? Las luchas del corazón no necesitan del vicio para ser interesantes. Se dirá —Pero así es el mundo.— Enhorabuena; pero ¿por qué en vez de condenar con el ridículo ó con la desgracia esas negras realidades de la vida, añadirles la seducción de la poesía y el atractivo de la forma?

Bajo este punto de vista Walter Scott es irrepachable, y al acabar de leerse cualquiera de sus novelas, se siente una impresión indefinible de placer.

Una nueva escuela, alemana por cierto, ha añadido todavía á la forma romanesca un atractivo más, lo fantástico; lo fantástico á que son tan inclinadas las imaginaciones del Norte. Pero lo fantástico de cierta especie, no lo fantástico de los pueblos primitivos que es común á todos los países y que ha nacido del terror religioso y de la ignorancia, sino lo fantástico ideal, si podemos expresarnos así. Hoffman es el padre de esta escuela, que se ha seguido en Francia y en que se han hecho débiles ensayos en



España. Los cuentos de Hoffman han adquirido gran celebridad, y nosotros no los admiramos tanto por su originalidad, como por su exquisito sentimiento.

En fin, la novela es el monumento literario del siglo XIX. Si este monumento es grandioso ó indica la decadencia de la civilización, no lo sabremos decir, y tocará á las generaciones futuras declararlo; pero lo cierto es que este género, antes apenas conocido y cultivado, ha llegado hoy á su completo desarrollo, y que, Proteo de la literatura, ha aceptado todas las formas y se ha revelado á todas las inteligencias.

No concluiremos este ensayo, sin advertir que nosotros hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparación con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educación de las masas. La novela es el libro de las masas. Los demás estudios, desnudos del atavío de la imaginación, y mejores por eso, sin disputa, están reservados á un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellos el provecho que desea. Quizás la novela está llamada á abrir el camino á las clases pobres para que lleguen á la altura de este círculo privilegiado y se con-

fundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. Quién sabe! el hecho es que la novela instruye y deleita á ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aun teniéndolas no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores á las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte.

Hemos hecho este ensayo expresamente para venir á parar á la novela de nuestro país. Como se ve desde luego, estamos en la infancia en el cultivo de este ramo de la literatura. Sin embargo, algunos ingenios, aunque muy pocos, han abierto ya el camino, y debe mencionarse en primer lugar á Don Joaquín Fernández Lizardi, que tan popular es en Méjico bajo el seudónimo de *El Pensador Mejicano*, cuyas obras son sin duda las más conocidas de nuestro pueblo, y á quien puede llamarse con razón el patriarca de la novela mejicana.

La más famosa de ssas obras es el *Periquillo*, de la cual es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse, sin exageración, que no hay



un mejicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hacen frecuentemente á ella nuestras gentes del pueblo, por los apodos que hizo célebres, y por las narraciones que andan en boca de todo el mundo. Lo que sí diremos, es que el *Pensador* se anticipó á Süe en el estudio de los misterios sociales, y que profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mejicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le igualen.

Si algo puede tacharse al *Pensador*, es su estilo, que sea intencionalmente ó porque no pudo usar otro, es vulgar, lleno de alocuciones bajas y de alusiones no siempre escogidas. Pero ciertamente, si hubiese usado otro, ni el pueblo le habría comprendido tan bien, ni habría podido retratar fielmente las escenas de la vida mejicana. Este reproche del estilo que le han dirigido críticos poco profundos, queda desvanecido desde que vemos á autores afamados como Víctor Hugo y Eugenio Süe, hacer hablar á sus personajes el *argot* del populacho más bajo de París. Evidentemente éste, lejos de ser un de-

fecto, es una cualidad, porque retrata fielmente las costumbres. El *lépero*, la *china*, el *bandido* y aun el *currutaco*, el *estudiante* y las *damas* de entonces, no podían hablar el lenguaje del petimetre de hoy, ni el de las damas de nuestra aristocracia, ni el de los hombres instruidos de la actualidad.

En cuanto á la forma del *Periquillo*, no puede acusarse al *Pensador* de no haberla hecho más elegante. El no tenía más que los moldes antiguos que imitar y los imitó cuanto pudo. El *Periquillo* está modelado en el *Quijote*, en *Rinconete y Cortadillo*; en el *Picaro Guzmán de Alfarache*, en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Gran Tacaño* y en el *Gil Blas*, por ejemplo. Las aventuras del héroe están narradas con método y conservan su interés hasta el fin, como las del *Gil Blas*, con el que tiene mayor semejanza.

Esta fué la primera novela nacional. Nosotros omitimos aquí el análisis de las demás obras del *Pensador*, que tienen el mismo estilo y la misma intención filosófica. Después vinieron algunos juguetes de Villavicencio, más conocido con el nombre del *Payo del Rosario*, pero ellos, más bien que la forma romancesca, revestían la forma de sátira política.

Hubo un paréntesis de largo tiempo. Nuestros antepasados de hace cuarenta años conde-